

**CARTA PASTORAL
CON MOTIVO DE LA BEATIFICACIÓN
DEL SIERVO DE DIOS
JOSÉ APARICIO SANZ Y 232 COMPAÑEROS,
MÁRTIRES DE LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA DE 1936
11 DE MARZO DE 2001**

1. Queridos hermanos, sacerdotes, seminaristas, religiosos, religiosas y fieles cristianos laicos que vivís la vida cristiana en la Archidiócesis de Valencia. El día 11 de marzo del 2001 el Papa Juan Pablo II beatificará a 233 mártires en la persecución religiosa del año 1936. Se trata de un acontecimiento eclesial de suma importancia y os invito a vivirlo con gratitud y esperanza.

Como Pastor de esta Iglesia, deseo compartir con vosotros unas reflexiones, a propósito de esta fecha tan señalada, y animaros a preparar y celebrar con gozo la beatificación de estos hermanos nuestros en la fe, que dieron su vida por Cristo.

**I
SIGNIFICACIÓN DEL MARTIRIO PARA LA IGLESIA**

2. Desde sus inicios, la Iglesia experimentó la persecución por causa del Evangelio. San Esteban, diácono, fue el primero en dar su vida por Cristo (*Hch 7,55-60*). Después de él muchos cristianos fueron fieles a la fe hasta el derramamiento de su sangre. Entorno a estos testigos excepcionales de Jesucristo siempre se ha generado un movimiento de respeto y veneración.

La palabra mártir tiene su origen en la lengua griega antigua: *martyría*. *Martyría* significa textualmente "testimonio verdadero de hechos comprobados de los cuales se es testigo experiencial y que implican personalmente a quien testifica".

Entre los Evangelistas es San Juan quien utiliza con mayor profusión esta expresión, indicando que los discípulos de Jesús son testigos de Jesucristo. Y esto significa que están comprometidos vivencialmente con él, como los sarmientos unidos a la vid. "*Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*" (*Jn 15,5*). Son testigos no sólo por haber visto y oído, sino sobre todo por haber creído en Cristo y haber comprometido toda la vida en su seguimiento. "*Vosotros daréis testimonio porque desde el principio estáis conmigo*" (*Jn 15,27*).

También San Pablo dice que todo aquel que cree en Jesús se hace testigo y, gracias a la fuerza del Espíritu Santo, participa de la vida, muerte y resurrección de Cristo para la salvación del mundo entero. "*El Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El para ser con El glorificados*" (*Rm 8,16-17*).

En definitiva, la vida cristiana consiste en dar siempre testimonio sobre Jesucristo, el Verbo Encarnado, por eso no es posible llamarse cristiano sin testificar sobre Jesucristo. "*Doy gracias continuamente a Dios a propósito de la gracia que os ha sido otorgada en Cristo Jesús, porque en El habéis sido enriquecidos en todo: en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida en que el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros*" (*1Cor 1,4-6*). Como dice la primera carta de San Juan, "*quien confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios*" (*1Jn 4,14*).

En la época de las persecuciones el sentido genuino de la expresión "martyría" se desdobló en dos palabras que, si bien coincidían en el sentido más profundo, apelaban a dos modos de testificar en favor de Cristo. Así se distinguió entre el mártir y el confesor. Mártir era aquel que, a causa de su testimonio sobre Cristo, sufría una cruel persecución que culminaba con una muerte violenta. Confesor era aquel que sin llegar a morir por la fe, sin embargo, daba un testimonio público y auténtico de Cristo ante los que le perseguían. En el fondo, tanto al confesor como al mártir, se les reconocía por el testimonio inquebrantable y veraz de su fe, apoyados firmemente en Jesucristo. San Cipriano lo decía con fuerza: *hemos de apoyarnos firmemente en sus palabras y hemos de aprender y hacer lo que él enseñó*" (San Cipriano, *De la unidad de la Iglesia católica*, 2).

En el mártir se reconoce la presencia y la acción de Dios. Constituye el credo más elocuente que un cristiano puede profesar. No se trata de una confesión improvisada, sino de una auténtica manifestación de fe fruto de una vida dirigida por el Evangelio.

3. Desde el principio las comunidades cristianas dieron mucha importancia al testimonio de los mártires. Por ejemplo, gustaban celebrar sus reuniones recordando a los que habían muerto por causa del Evangelio. De ahí surgió la costumbre de colocar en los altares reliquias de los mismos, para que la celebración Eucarística expresara que la fe de la comunidad se apoyaba históricamente en el testimonio de los que derramaron su sangre por el Evangelio. De esta manera, se quería exhortar a los demás fieles a ser valientes ante las adversidades y amenazas que sufrían por ser cristianos.

No se trató nunca de generar sentimientos de odio hacia los perseguidores, sino, al contrario, de afirmarse en la fe y orar por la conversión de todos al Evangelio. San Justino, mártir, decía: *"después de haber aparecido Cristo, vivimos en buena unión con todos, y a los que nos persiguen con inicuos odios nos empeñamos en convertirlos por la persuasión para que vivan según los excelentes preceptos de Cristo y así tengan la consoladora esperanza de recibir de Dios, dominador de todas las cosas, los mismos bienes que nosotros"* (San Justino, *Apología* I-A,14).

El martirio está íntimamente ligado a la condición de discípulo de Jesús. Un falso discípulo de Jesús nunca es un testigo de Jesús. Mártir es aquel que atestigua desde la convicción y desde la fidelidad. *"Los que de una vez para siempre nos hemos revestido de Cristo y hemos merecido recibirle, podremos manifestar a todos, incluso sin decir nada, simplemente con la actitud de nuestra vida, el poder de aquel que habita en nosotros"* (San Juan Crisóstomo, *Catequesis Bautismales* VIII,18).

San Atanasio de Alejandría decía que *"todos los seguidores de Cristo desprecian la muerte, vencida por el Salvador, proscrita en la cruz y atada de pies y manos y, dando testimonio de Cristo, se burlan de la muerte y se ríen de ella"* (San Atanasio de Alejandría, *Del Verbo Encarnado*, XXVII,4). San Cipriano de Cartago, por su parte, pedía que *"el que se dice confesor de Cristo, imite al Cristo que confiesa"* (San Cipriano, *De la unidad de la Iglesia católica*, 21). Todo esto significa que el mártir es aquel que se ha comprometido del todo con Jesucristo. Incluso se ha identificado con él en su vida y en su muerte.

4. En todas las épocas de la historia de la Iglesia ha habido mártires. En oriente y en occidente. En el norte y en el sur. Y siempre el Pueblo de Dios ha sido sensible a no olvidar a esos hermanos y darles un puesto relevante en la propia experiencia creyente. La Iglesia ha procurado recoger cuidadosamente las pruebas, para examinarlas, y poder así establecer cuándo la muerte de un cristiano era por causa de la fe o por otros motivos. En eso consisten, aún hoy, los procesos de investigación del martirio cristiano.

El martirio tiene su causa principal en la irradiación del Evangelio en la vida y en la sociedad. Es una actitud de misión en nombre de Cristo, que atañe a todo el que se dice discípulo suyo. Por eso, San Agustín, dirá: *"Todos los tiempos son de martirio. No se diga que los cristianos no sufren persecución; no puede fallar la sentencia del Apóstol: 'todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución'. Todos, dice, a nadie excluye, a nadie exceptuó. Si quieres probar la certeza de ese dicho empieza tú a vivir piadosamente, y verás cuanta razón tuvo para decirlo"* (San Agustín, *Sermón 6*). Cualquier ámbito en el que nos encontremos es el lugar y el momento oportuno para anunciar y hacer vida el Evangelio de Cristo.

Las persecuciones no surgen de modo espontáneo, sino que intervienen factores culturales, políticos y sociológicos que van fraguando una postura de hostilidad hacia los creyentes en Jesús. Al activarse modelos sociales o antropológicos que chocan con el modelo evangélico, y el rechazo a la verdad sobre Dios y sobre lo humano, se generan actitudes de odio a la fe que, en sus manifestaciones más extremas, derivan en situaciones de violencia.

Los mártires cristianos ofrecen un testimonio de fe en Jesucristo, de esperanza en la resurrección y de amor y reconciliación universales, haciendo suyas las palabras de Jesús: *"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (Lc 23,34). Con esta actitud, en contraposición con la violencia que sufren, siembran la paz sobre la tierra.

Para la Iglesia universal, y para las Iglesias particulares de modo singular, el testimonio martirial de los cristianos reviste una extraordinaria significación. Los mártires de la Iglesia lo son porque en ellos ha triunfado la fe. Efectivamente, se reconoce en ellos el talante evangélico y la fidelidad a Cristo que reafirman la esperanza cristiana y que confirman el valor eterno de la Buena Noticia, con la cual todo bautizado se compromete existencialmente. Ellos nos emplazan hoy a vivir nuestra pertenencia a Cristo y a testimoniarlo sin miedos.

II

Sentido de las beatificaciones del 11 de marzo

5. Los cristianos que serán beatificados el 11 de marzo dieron su vida por Cristo en medio de una persecución religiosa. Al reconocerlo así, la Iglesia no juzga ni condena a nadie. Sino que se pone de manifiesto, en estas personas, la vivencia cristiana íntegra del martirio. Su testimonio anima a los que aún peregrinamos, en medio de las vicisitudes y contradicciones de nuestro tiempo, a continuar nuestro camino creyente con coraje.

"La admiración por su martirio esté acompañada, en el corazón de los fieles, por el deseo de seguir su ejemplo, con la gracia de Dios, si así lo exigieran las circunstancias" (Juan Pablo II, *Incarnationis mysterium 13*).

Si nos detenemos a analizar la vida y circunstancias de la muerte de cada uno de los que serán beatificados, se ve con claridad que fueron auténticos mártires por causa de la fe. En todos ellos se recogen actitudes de serenidad, de oración por sus perseguidores a quienes perdonaron de corazón, de conciencia clara de morir por Cristo.

Los mártires de 1936 fueron libres de escoger entre el sistema ideológico que se les imponía y el Evangelio de Jesús al cual se habían adherido. Optaron por ser fieles a su conciencia y, en el ejercicio de su libertad, fueron condenados. El único "delito" que cometieron fue el de ser cristianos hasta las últimas consecuencias. Estos cristianos, al confesar a Cristo, aparecen como personajes molestos. Con su modo de ser, de vivir y de morir, denuncian los abusos humanos, las injusticias, y la violencia. Los cristianos católicos tenemos que estar convencidos de que, el reconocimiento de su martirio, es un

deber de justicia para con ellos. Es también, *"una herencia que no se debe perder y que se ha de transmitir como un perenne deber de gratitud que suscita un renovado propósito de imitación!"* (Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, 7).

Los sistemas ideológicos y políticos pasan, pero el sacrificio testimonial de los mártires permanece y es semilla de nuevos creyentes. Una Iglesia de mártires se convierte en señal orientadora para los hombres que buscan a Dios. Del sufrimiento de los mártires deriva una fuerza de purificación y de renovación porque actualizan el sufrimiento de Cristo y transmiten en el presente su fuerza salvífica.

El Papa Pablo VI, prudentemente, consideró oportuno esperar a que pasara un cierto tiempo para proceder al reconocimiento de los martirios de 1936. El período de tiempo transcurrido sirvió para asentar la memoria de los mártires y madurar su reconocimiento oficial por parte de la Iglesia, investigando mejor los casos. Su Santidad Juan Pablo II, a la luz del Año Jubilar, ha considerado que este era un momento propicio para la beatificación (cf. Juan Pablo II, *Incarnationis Misterium* 13).

Hubo otros muchos cristianos que murieron en esos años trágicos, pero de los cuales no tenemos documentación suficiente y segura. También hubo víctimas no confesionales. Todos ellos reclaman que desaparezca el odio y la violencia de la faz de la tierra. En su honor, hemos de sostener, a la luz de la verdad, que la sociedad humana ha de construirse sobre el respeto, la tolerancia, la justicia, la paz, la verdad y la libertad. La violencia no es válida como método disuasorio, ni se puede justificar de ninguna manera contra nadie.

"La Iglesia no puede aceptar la violencia, sobre todo la fuerza de las armas - incontrolable cuando se desata- ni la muerte de quien quiera que sea, como camino de liberación, porque sabe que la violencia engendra inexorablemente nuevas formas de opresión y esclavitud, a veces más graves que aquellas de las que se pretende liberar" (Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 37).

Posiblemente haya quien interprete de forma sesgada o equivocada las celebraciones del día 11 de marzo. No hay otra interpretación válida, más que la que vengo indicando. La fidelidad cristiana de estos mártires, mantenida hasta el final, nos permite entender, por encima de interpretaciones oportunistas, la existencia de hombres y mujeres que han dado un ejemplo admirable y valiente de su pertenencia a Cristo y a la Iglesia.

La fuerza del martirio viene dada por la Pascua. Es la resurrección de Cristo lo que da pleno sentido a la entrega de la vida a favor del Evangelio. El mártir se convierte en signo de la obra redentora que, por Jesucristo, introduce a la persona humana en el misterio insondable del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. El cristiano hace de toda su vida una experiencia de resurrección, una experiencia de cómo es la vida en Dios. Por esta razón, el testimonio de los mártires es para la Iglesia un tesoro irrenunciable. Nuestra Iglesia de Valencia, ciertamente, no quiere quedarse sin él.

III

Significación concreta para la Iglesia de Valencia

6. En mis visitas pastorales a las parroquias he podido comprobar que los cristianos conservan el recuerdo de estos mártires y que esperaban con anhelo su beatificación.

Toda la Archidiócesis se alegra y yo, como vuestro Arzobispo, participo de ese gozo. ¿Cómo no experimentar incluso un cierto orgullo en la fe, por un grupo tan numeroso de sacerdotes diocesanos, fieles cristianos laicos, religiosos y religiosas, que vivieron y murieron entre nosotros, y que serán elevados a los altares?

No son personas de otras épocas, ajenas a nosotros. Aún hay testigos oculares de su vida. Perduran los lazos de sangre y amistad. No son pocos los que los recuerdan con cariño y devoción. Son rostros y nombres cercanos en el tiempo y en el espacio. Conocemos las casas donde vivieron, las situaciones por las que atravesaron, guardamos memoria de algunos gestos y palabras suyos, sabemos el porqué les persiguieron y hasta aún podemos identificar los lugares donde se escondieron, los apresaron o murieron. Son personas como nosotros; son cristianos como nosotros. Ellos tuvieron la valentía de dar su vida por la fe.

Sufrieron formas de persecución antiguas y nuevas, experimentaron el odio y la exclusión, la violencia y el asesinato. Su fidelidad al Evangelio se pagó con un precio muy alto. Su recuerdo no debe perderse. Los nombres de algunos fueron manchados por sus perseguidores que añadieron al martirio, la ignominia. Pero el Señor ha salido en su defensa.

La fe cristiana exige avanzar con paso firme por el camino de Jesús. Ese camino es el de la apertura a la acción del Espíritu Santo y la aceptación de la cruz. Así lo expresa el Concilio Vaticano II: *"La Iglesia, caminando en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no abandone, por debilidad de la carne, la fidelidad perfecta; antes, al contrario, persevera hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso"* (Lumen Gentium 9). Eso hicieron nuestros mártires.

El testimonio de fidelidad de estos hermanos y hermanas nuestros mantiene inalterable su actualidad y su frescura. Sus vidas, como testigos verdaderos de Cristo, son un estímulo para que vivamos nuestra condición de discípulos del Señor Jesús.

Los que serán beatificados el 11 de marzo, significan mucho para todos los que peregrinamos como Pueblo de Dios en Valencia. Es impresionante comprobar que estos mártires representan bastante bien los distintos grupos de bautizados que configuran nuestra Archidiócesis. Ponen de manifiesto la riqueza ministerial y carismática de la Iglesia. Me llama la atención comprobar también que expresan la catolicidad de nuestra comunidad cristiana y la pluralidad de vocaciones que se dan en ella.

Sacerdotes diocesanos

7. Señalo, en primer lugar, a los 39 sacerdotes diocesanos que serán beatificados, dos de ellos de la diócesis de Zaragoza. Unos eran jóvenes que acababan de comenzar su ministerio, otros ya ancianos experimentados. La mayoría párrocos o coadjutores, hubo algunos que eran canónigos, otros profesores del Seminario, capellanes o miembros de la curia metropolitana. Unos estaban al frente de grandes parroquias, otros ejercían su ministerio sagrado en pequeñas poblaciones. Asombra la heroicidad de su testimonio. Su misma vida fue toda una lección de santidad. Ponen de manifiesto el ejercicio de todas las virtudes propias del ministerio sacerdotal, al servicio del Pueblo de Dios. Amaron su ministerio, se dieron a sus fieles, actuaron siempre como pastores ejemplares del rebaño de Cristo.

Quiero recordar que los presbíteros son los colaboradores inmediatos del Arzobispo en la vida pastoral de la Archidiócesis. Ellos son los animadores de las comunidades cristianas. *"Su verdadera función sagrada la ejercen sobre todo en el culto o en la comunidad eucarística y prestan una gran ayuda a la construcción de todo el Cuerpo de Cristo"* (Lumen Gentium, 28). Ellos están entregados de lleno al ministerio de la Palabra, a la oración, a la cura pastoral de las diferentes comunidades cristianas, a la atención de los más desfavorecidos, a la educación cristiana en sus diferentes etapas, a la administración de los sacramentos y a la acogida de todos en el nombre del Señor. *"Los presbíteros existen y actúan para el anuncio del Evangelio al*

mundo y para la edificación de la Iglesia, personificando a Cristo Cabeza y Pastor, y en su nombre". (Juan Pablo II, Pastores Dabo Vobis 15). Pero, ante todo, la finalidad propia del ministerio presbiteral es que "toda la comunidad de los santos ofrezca a Dios un sacrificio universal por medio del Gran Sacerdote, Jesucristo, que también se ofreció a sí mismo por nosotros en la pasión para que fuéramos el Cuerpo de tan excelsa Cabeza" (Presbyterorum Ordinis, 2).

Con su martirio, nuestros 37 sacerdotes diocesanos confirmaron plenamente su propia vocación, identidad y ministerio en la Iglesia.

Fieles laicos de la acción católica

8. También, con especial afecto, me refiero ahora a los 39 fieles laicos, 37 de ellos pertenecientes al floreciente movimiento de la Acción Católica. Hombres y mujeres, universitarios, trabajadores de diversos oficios, gentes del campo y amas de casa. Rostros de personas normales. A todos les unía algo esencial: creían en Jesucristo y tenían un inequívoco compromiso evangélico. Me impresiona comprobar la fortaleza en la fe que tuvieron y cómo afrontaron la muerte con un espíritu cristiano ejemplar, desde la serenidad de quien sabe va a morir por su fe, con gestos y palabras de perdón y de paz verdaderamente admirables. Hay algunos casos extraordinarios, si bien no voy a concretar ninguno pues todos son dignos de la más alta estima y consideración.

Los laicos, en nuestra Archidiócesis, no son meros receptores de sacramentos. Son, verdaderamente, miembros activos de la Iglesia. En cuanto bautizados están consagrados a Dios en Cristo. *"Tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, que forman como el tejido de su existencia" (Lumen Gentium, 31).* Son el fermento en medio de la masa. Siendo miembros plenos de la Iglesia, colaboran de diferentes maneras en su edificación y en su misión evangelizadora, fundamentalmente a través del testimonio de su vida cristiana inserta en las realidades temporales y en las estructuras humanas. *"La condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular" (Juan Pablo II, Chirsti Fideles Laici 15).* Por eso, los laicos cristianos *"deben ser apóstoles tanto en sus comunidades familiares como en sus diócesis y parroquias" (Apostolicam Auctuositatem, 18).*

Todos los cristianos laicos de Valencia pueden ver reflejado su propio ideal de vida en el testimonio valiente, y sin odios, de estos 39 mártires.

Religiosos y religiosas

9. No puedo dejar de alabar a Dios por el testimonio de los 157 religiosos y religiosas que, si bien nacieron en otras diócesis, desarrollaron su apostolado o dieron su vida por Cristo en el seno de nuestra Archidiócesis. Son una bendición para nosotros. Ahí están presentes Ordenes de multisecular tradición y Congregaciones de más reciente presencia en Valencia. Es un abanico riquísimo de carismas y vocaciones al servicio de la nuestra Iglesia. Encontramos educadores, profesores de teología, asistentes hospitalarios, trabajadores sociales, orantes, jóvenes novicios o profesos temporales, capellanes... Pero, sobre todo, vemos en ellos hombres y mujeres que se consagraron específicamente al seguimiento de Cristo y que lograron la máxima perfección: dar su vida por el Señor. Experimentaron la persecución, el despojo, la soledad y la incertidumbre. Pero su opción por Cristo hasta la muerte permaneció firme y cobró todo su sentido.

La vida religiosa supone una gran don del Espíritu Santo para nuestra Archidiócesis. Los religiosos ponen de manifiesto la fecundidad de la vida cristiana y los frutos de la santidad a la que todos los bautizados estamos llamados. Por la profesión de los consejos evangélicos *"se entregan totalmente al servicio de Dios amándole por encima de todo y su vida está consagrada al bien de toda la Iglesia"* (*Lumen Gentium* 44). Los religiosos son un signo de la Gracia y del Amor de Dios, muestran el extraordinario poder de Cristo y la eficacia infinita del Espíritu Santo, viven en la comunión de la Iglesia una consagración específica que les hace estar disponibles para la misión. *"La vida consagrada confiesa, con su fidelidad al misterio de la Cruz, creer y vivir del amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo"* (Juan Pablo II, *Vita Consecrata* 24). Por el voto de pobreza se desprenden de todos los bienes y de sí mismos, para el seguimiento incondicional de Cristo. Por el voto de obediencia se entregan totalmente al cumplimiento de la voluntad de Dios sobre sus vidas. Por el voto de castidad aprenden a amar en plenitud no poniendo su corazón más que en Dios y en el servicio al prójimo.

Con su martirio, nuestros 157 mártires religiosos y religiosas, ponen de manifiesto *"el valor eminente de la vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos y su función contributiva al mayor bien de la Iglesia"* (*Perfectae Charitatis* 1).

IV

Acción de gracias al Señor y exhortación final

10. Os invito a uniros a mi acción de gracias al Señor, por la beatificación de tantos hermanos en la fe. Sacerdotes, laicos y consagrados integran un único testimonio evangélico que tiene a la Iglesia de Valencia como vehículo de comunión inmediato. Con su martirio nos dieron a conocer a Cristo. Su fe alimenta la nuestra y con su testimonio confirman nuestra esperanza y aumentan en nosotros la caridad. Su testimonio es el nuestro, porque sabemos que *la Buena Noticia debe ser proclamada, en primer lugar, mediante el testimonio"* (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, 21). Nos invitan a soñar con una nueva primavera eclesial donde todos seamos uno en el Amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Doy gracias a Dios por el don del testimonio en la fe de tantos mártires de nuestro tiempo y agradezco al Santo Padre que tenga a bien elevarlos a los altares.

11. Como Padre y Pastor de esta Iglesia particular de Valencia, os exhorto, hijos queridos, a recoger el testigo que nos dejan estos hermanos, para realizar nuestra propia tarea en las circunstancias que nos tocan vivir. Hoy tenemos *"la oportunidad de hacer llegar el Evangelio, con el testimonio y la palabra, a todos los hombres y a todos los pueblos"* (Juan Pablo II, *Redemptoris Missio* 92).

Os invito a celebrar con dignidad y alegría este día 11 de marzo del 2001. Renovemos nuestro compromiso cristiano celebrando a nuestros mártires con devoción y calor festivo. Son parte de nuestra propia historia de creyentes. Que la oración, el compartir fraterno y, sobre todo, la celebración de la Eucaristía, exprese nuestra comunión eclesial y nuestro ferviente deseo de seguir al Señor con la valentía con que ellos lo hicieron.

12. Pido a Santa María, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, que, bajo su advocación de los Desamparados, interceda por nosotros al Señor. Para que seamos dignos de ser sus testigos ante un mundo que avanza en medio de muchas luces y sombras.

También, pido a nuestros mártires que oren al Señor por nosotros, para que, por su intercesión, nos sintamos llamados a la santidad y a la misión de llevar a todos el Evangelio. Que tengamos el coraje de comprometernos realmente en el seguimiento de Jesucristo para darlo a conocer a todos.

Porque suyo es el Reino, el Poder y la Gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

Con mi bendición y afecto,